

# Génesis de algunos de mis libros

Por José M.<sup>o</sup> Iribarren

EL RETABLO DE CURIOSIDADES ha sido una de mis obras más conocidas y de mayor éxito. Fue mi primera obra después de los dos libros sobre el general Mola y la guerra civil.

Yo había recogido muchos datos sobre cosas de la Ribera navarra y de Tudela durante los cinco años en que ejercí la profesión en mi pueblo. Eran datos costumbristas, golpes de humor, tipos curiosos, escenas y episodios divertidos. Tardé bastante tiempo en decidirme a hacer algo con ellos, pues no sabía cómo aderezarlos y cómo meterlos en un libro que tuviese unidad.

En un principio pensé en dar a mi libro forma de novela. Había que hacer un recorrido por los pueblos de la Ribera y recoger, al paso por ellos y en el camino, todas las leyendas, anécdotas, estampas de tipos, sucesidos, dichos, costumbres, etc.

Para justificar un recorrido tan largo yo tenía que inventar una trama, algo que permitiese al protagonista de mi novela (en definitiva a mí mismo) ir de un lado para otro. Había que hacer algo como lo que hizo Baroja en «*La Ruta del Aventurero*», donde, al pasar por Tafalla, Caparrosa, las Bardenas, Valtierra, Tudela, Agreda, etcétera, camino de Madrid, el personaje de la novela va recogiendo ambientes, tipos, escenas, diálogos, costumbres...

Pensé —y hoy me río de ello— en convertir a mi protagonista en artista de circo, para darle ocasión de recorrer los pueblos. Incluso pensé que lo mejor era presentar un personaje que anduviese buscando por los pueblos el rastro de una persona, de una chica, de una mujer, de un heredero... Por fin, di en el clavo de agrupar el material recogido por capítulos y dedicar un capítulo a las brujas, otro a los ciegos, otro a los comilones, otro a los graciosos, otro al folklore religioso, otro al folklore taurino...

Cuando tuve terminado el libro, dudé si incluir en él el capítulo sobre el ferrocarril de vía estrecha Tudela a Tarazona, apodado «el Tarazonica». Lo pensé y lo reconsideré varias veces hasta que me decidí incluirlo; fue de los capítulos más celebrados. En él reuní dos artículos publicados con anterioridad en el periódico tudelano «El Eco del Distrito», y añadí alguna anécdota más.

Compuesto mi RETABLO alguien me aconsejó presentarlo al premio de la Fundación Olave. Lo presenté y al cabo de uno o dos meses me devolvieron el original. ¡Lo habían rechazado!

El tono jocoso, burlesco, las anécdotas crudas, el estilo, la forma..., debieron de disgustar al censor. Sé que éste era un sacerdote. Nunca me he preocupado de saber quién fuese. Confieso sinceramente que no me llevé ningún disgusto con la repulsa. Yo sabía que el libro era bueno y que iba a gustar. Tenía profundo convencimiento de ello. Y lo publiqué en la Editorial de Zaragoza que me había editado los dos libros sobre Mola, en la Librería General.

El libro tuvo gran éxito y hoy se está vendiendo la quinta edición.

Ahora, con la perspectiva que da el tiempo, creo honradamente que tenía originalidad, que no se parecía a ningún otro, que inauguraba un estilo nuevo. Porque no era la anécdota tras la anécdota y la historieta tras la historieta de los libros de Timoneda, de Zapata, del duque de Frías; sino la anécdota aderezada, el relato en que «viene a cuento» la anécdota, sin traerla de los pelos. Y las anécdotas agrupadas por materias. Nada hay más pesado que un chiste tras otro chiste y una greguería seguida de docientas más, sin argamasa en medio. Yo me di cuenta de esto y adecé la anécdota, la dosifiqué, mezclándola con mi prosa. Y todo ello lo hice con un denominador común: mi amor, mi gran amor por Navarra, por mi tierra.

Le mandé mi libro a Pío Baroja. No debió de gustarle mucho, porque en la carta que me escribió alababa los dibujos (de mi pluma) con que ilustré cada capítulo. Sin embargo, a otros escritores les gustó mi estilo. Eugenio D'Ors dijo varias veces a sus discípulos (entre ellos a Alberto Clavería, que me lo contó), y así lo escribió en *La Vanguardia*, que yo había convertido la anécdota en categoría.

Por lo menos me cabe la satisfacción de que mi libro hizo reír a los lectores. Y esto de hacer reír en una época de guerra o que acababa de salir de una guerra civil, tiene su mérito, al menos para mí. Siempre me acuerdo de la caricatura contra Hitler que publicó un periódico judío durante la guerra mundial (la segunda). En el dibujo figuraba Charlot, que decía:

—¡Y pensar que yo inventé este bigote para hacer reír a la Humanidad!

Era una alusión al bigote de Hitler, el hombre que hizo llorar a la Humanidad.

Pues bien; yo hice reír. Y he procurado en muchos de mis libros que mis lectores se rían.



Creo que es una obra de caridad en unos tiempos en que todo son pesimismo, angustias, literatura fúnebre, morbosa y novelas de crimen, de adulterio y mariconismo, de complejos y náusea, de perversión y sadismo.

Me contó un amigo que viajando por Galicia en tren, le chocó que el viajero que iba enfrente suya en el departamento se partiera de risa leyendo un libro. Le preguntó qué es lo que le causaba tanto regocijo. Era mi RETABLO DE CURIOSIDADES. Y el lector no era precisamente navarro. Confieso que en esto me llevé sorpresa. Yo hice mi libro para los de mi tierra, y creí que las gracias y cosas de mi Navarra no tendrían gracia fuera de ella. Gracias a Dios me equivoqué y se cumplió el deseo que en la nota «Al lector» escribí: «El colmo de mi aspiración sería que este libro, que peca de excesivo localismo, resultara lo suficientemente ameno para poder leerse sin hastío fuera de mi provincia».

Azorín, a quien le mandé mi RETABLO y mi BATIBURRILLO, me escribió diciéndome que ojalá todas las regiones españolas tuviesen un cronista de sus cosas como yo lo era de las cosas de mi tierra navarra.

El BATIBURRILLO NAVARRO seguía, en parte, la línea del RETABLO, pero era diferente. En él había ya erudición y estudio. Para componerlo tuve que leer mucho. Me leí los dos primeros tomos del «*Euskalerraren Yakintza*», de don Resurrección María de Azcue y el libro en vascuence de Fernando de Amézqueta. Estudié la Historia de Navarra a fondo, me metí en la historia del siglo XIX, me leí todas las colecciones de revistas vascas («*Euskalerrria*», «*Eusko-Yakintza*», «*Euskalerraren Alde*»...) a caza del folklore de la montaña de Navarra. Me leí muchos libros referentes a la primera y segunda guerra carlista, geografías e itinerarios de Navarra..., en fin, cantidad de obras que no había leído cuando compuse el RETABLO. La bibliografía que figura al final de cada capítulo demuestra esto que digo.

Y seguí la misma norma de agrupar por materias mi copioso material. Para componer el BATIBURRILLO me valí de un par o tres de cuadernos, en los que iba anotando, por materias, lo que leía o lo que me contaban.

Quise hacer un libro de fondo pero que resultase ameno pintoresco. Es decir, ofrecer al lector una serie de datos históricos, folklóricos, eruditos, literarios y extrapélicos, con fuerte predominio de la anécdota.

El haber compuesto el RETABLO y el BATIBURRILLO hizo que muchas gentes, que no saben de la misa la media, me tomasen por un recolector de chistes. ¿Qué tendrá que ver la anécdota popular, la frase histórica, la respuesta aguda o humorista, la escena que ocurrió y el tipo que existió con el manoseado chiste? Pues nada, ¡que si quieres! ¡Cuántas veces me han venido conocidos y amigos (con la mejor voluntad, jeso sí!) a contarme un chiste sin saber que el chiste es lo que más odio.

Otros, en cambio, y a la cabeza de ellos los «pregoneros», calando mejor en lo que me gustaba recoger me ofrecían datos que me eran aprovechables. Algunos me enviaban la lista de los «motes» de su pueblo, o me contaban gracias de paisanos suyos (¡que maldito si la tenían!). Pero había que aguantar, ¡qué carajo!, y fingir contentamiento e incluso reír con lo que me contaban. Por eso, muchas veces, cuando en algún pueblo de Navarra alguien cuenta una historia jocosa, suelen decir: ¡Si supiera esto Iribarren!... ¡Esto es como para que lo escriba Iribarren!... ¡Se lo hemos de contar a Iribarren!...

Y para terminar quisiera hablar de cómo me valí para interesar a los estudiantes del Seminario en mi VOCABULARIO NAVARRO, cómo los reunía, les decía palabras, me decían ellos las de su pueblo. Y yo les regalaba bolígrafos para estimularles. Me sirvió de mucho Javier Mugueta. Los estudiantes me enviaban listas de palabras. Sus nombres figuran entre los de los colaboradores de mi obra.

Para mi VOCABULARIO utilicé también a los amigos de la tertulia del café. Aunque Faustino siempre estaba preocupado por la marcha de «Pregón», con sus facturas y sus déficits, yo sacaba a relucir el tema en la conversación y todos me ayudaban a recordar palabras raras y dichos de Pamplona, de Artajona, de Puente, de Mélida, etc. Sí, mis amigos me prestaron una eficaz ayuda.

Me estimuló a hacer el VOCABULARIO Francisco Ynduráin. Y me hizo completar la labor mi amigo Manuel Muñoz Cortés. Porque Manolo, en un viaje que hizo a Pamplona, me pidió mis borradores para hacer algunas consultas. No supe negarme y se los dejé. Pero quise adelantarme a su trabajo y completé con fichas el VOCABULARIO.

No puedo pues negar que mis libros me han dado no pocas alegrías y bastantes satisfacciones.

